ETAPAS DEL CAUTIVERIO EN ZONA ROJA: (II) **Por Rafael CHICO**

MUÑOZ GRANDES Y MIAJA: ENTREVISTA SECRETA EN PORLIER

—Rafael, avisa al recluso Agustín Muñoz. Esto me dijo Vidal, el Oficial de Prisiones que estaba de servicio aquel día en la Prisión de Porlier y que acababa de subir del "Centro" a la Cuarta Galería, donde yo me había "enchufado", de escribiente.

—Agustín Muñoz ¿que?, pregunté yo que, sin embargo me había dado cuenta de que se refería a Muñoz Grandes, no recuerdo si a la sazón Teniente Coronel o Coronel, que no estaba en la Galería cuarta, sino en la vecina enfermería. Y me puse a buscar en el fichero aún a sabiendas de que en la galería no había ningún detenido con ese nombre y apellido.

—No me han dicho más que Agustín Muñoz, me dijo Vidal.

—Pues aquí no está, mira, le dije enseñándole el fichero, donde había varios Muñoz, pero ninguno de nombre Agustín.

—Pues bajaré a ver el segundo apellido, dijo Vidal y salió del rastrillo, donde estaba, separada por una reja, la Oficina de la galería.

Nada más abandonar ésta el Oficial me apresuré a entrar en la Oficina de enfermería y al escribiente de la misma, mi buen amigo Javier Martín Artajo, le advertí de lo que había ocurrido. Y después de ello me volví a mi puesto, ya que en aquel momento subían los de las parihuelas que traían los paquetes de comida para los presos de la galería cuarta y yo tenía mi trabajo que hacer y que, concretamente aquel día, tenía dos misiones específicas que cumplir y de signo bien distinto.

Por un lado, los Agustinos de El Escorial que me habían advertido que les enviaban hostias sin consagrar para poder dar y recibir la Comunión en aquellas misas que se celebraban con todas las precauciones necesarias en la última de las Salas de la galería. Y por otro, el aviso de que en uno de los termos destinados a un preso, en vez de café con leche venía el contenido de una botella de coñac. Y, además, apartar mi cesta en la que mi familia, junto a algo de comida, casi siempre un arroz bastante amarillito y en el que unos pimientos encarnados, únicos tropezones que traía, formaban los colores de nuestra bendita y añorada bandera nacional, venía en el forro de la cesta el parte de Burgos de la noche anterior, parte que, una vez leído por nuestro grupo de amigos, recorría toda la galería.

Así lo hice hurtando de la vigilancia del miliciano de turno en la galería los tres paquetes a que he hecho referencia y que fueron entregados mi cesta a mi amigo José María Fernández y los otros dos a sus destinatarios. Ni que decir tiene que al igual que el parte de guerra fue conocido rápidamente por toda la galería, yo tuve mi parte tanto de aquellas Sagradas Formas, una vez consagradas, como de aquel coñac que había entrado en el termo.

Aquel día tocaba y lo mismo el miliciano de turno que yo nos quedamos envidiosamente admirados, al ver los paquetes que habían llevado la familia de los ganaderos de Barajas, los Llorente Sevillano, consistentes en unos pollos asados, que estaban diciendo "comerme".

No habíamos hecho más que terminar el reparto de paquetes cuando volvió el Oficial de prisiones, Vidal y me dijo que le abriera el rastrillo pues el recluso Agustín Muñoz que buscaba estaba en la enfermería. Le abrí y pasó aver a Martín Artajo. Salió al cabo de un rato y después de unos minutos volvió a subir y me dijo que avisara al recluso Agustín Muñoz que saliera, pues tenía visita.

Entré y despues de hablar con Javier Martín Artajo, fui a la celda —celda de frailes en su origen y ahora de presos— donde Muñoz Grandes ocupaba una cama. En ella había otras tres camas que ocupaban otros militares de alta graduación, de los que sólo recuerdo el nombre de uno llamado Chacel. Le dijo a Muñoz Grandes lo de la visita, me preguntó que quien era, yo le dije que no sabía y se levantó de la cama y tras vestirse, un simple pantalón y un jersey de cuello alto, salió conmigo, cojeando ligeramente. En el rastrillo se emparejó con el Oficial de prisiones y ambos salieron de la galería.

Media hora más tarde volvían a subir Muñoz Grandes y el Oficial de Prisiones quien esta vez, aunque siempre fue correcto, pues no se trataba de miliciano, sino de auténtico Oficial de prisiones, trataba más afectuosamente al preso. Abrí el rastrillo y acompañé a Muñoz Grandes a su celda y al volver, pregunté ingenuamente a Vidal que aún permanecía en el rastrillo que quien era el visitante a lo que Vidal me contestó sencillamente. Miaja.

No había pasado mucho tiempo cuando subieron del Centro un gran paquete, diciéndome que era para el reclusó Agustín Muñoz y cuando me disponía a llevárselo el miliciano de guardia me dijo que había que "cachear" el paquete y que para que lo presenciara avisara al recluso. Así lo hice y delante de él procedí a abrir el paquete que consistía en comida y tabaco latas de conservas de toda clase, galletas, pitillos, etc. Una vez que el miliciano dio su visto bueno, recogí todo y se lo llevó a Muñoz Grandes a su celda. Diez minutos después Muñoz Grandes había repartido todo lo que contenía el paquete entre sus compañeros de celda y otros reclusos hasta donde llegó. Algo me llegó a mí que lo compartí con mi grupo de amigos.

¿De qué hablaron en aquella entrevista el general Miaja, Jefe de la defensa de Madrid y Muñoz Grandes?. Eso pertenece al secreto del sumario pero como la imaginación es libre que cada uno piense lo que quiera. Muñoz Grandes, según leí yo en su ficha, estaba condenado a tres años de cárcel —digo esto, por lo que diré luego— y pienso que no sería muy descabellado suponer que Miaja le ofreciera la libertad a cambio de su colaboración en la defensa de Madrid. Pero no pasa de ser una suposición. Desde luego que si esa fue la oferta del cabecilla rojo también es cierto que Muñoz Grandes no la aceptó pues permaneció en prisión.

Más adelante, sin poder precisar cuanto tiempo pasó de aquel día de la visita de Miaja, otra mañana, después de haber repartido el correo y los paquetes, subió, no recuerdo si el mismo Vidal u otro Oficial de prisiones o miliciano, acompañando a un señor de gran presencia, pelo blanco y correctamente vestido de paisano. Me dijeron que acompañara a este señor a la celda del recluso Agustín Muñoz —siempre hablaban de él de Porlier de esta forma—, Abrí el rastrillo y acompañé a aquel señor hasta la puerta de la celda que estaba cerrada. Le pedí al señor que aguardara un momento y después de llamar y obtener permiso para entrar en aquella celda le dije a Muñoz Grandez lo que pasaba, que en la puerta de la celda estaba un señor que iba a entrevistarse con él.

—¿Quien es?, ¿Le conoces?. me preguntó Muñoz Grandes.

—Pues no, le contesté y se lo describí.

—Que pase, me dijo.

Abrí la puerta y le invité a pasar, cerrando después, quedándome yo fuera, esperando a que terminara la entrevista.

No puedo precisar cuanto duró. Solo sé que terminada se abrió la puerta y el propio Muñoz Grandes acompañó a su visitante hasta el rastrillo, despidiéndose cordialmente. Una vez que le entregué al Oficial de prisiones al visitante, volví a la celda de Muñoz Grandes y le pregunté quien era el visitante a lo que Muñoz Grandes, secamente, me contestó.

—Gomez Ulla.

Y el tercero y último episodio del que fuí testigo relacionado con la estancia del Porlier del ilustre militar, que luego sería Jefe de la Gloriosa División Azul en los frentes rusos, el Teniente General y finalmente Capitán General don Agustín Muñoz Grandes, fue el siguiente:

Como ya he dicho en la ficha de Muñoz Grandes aparecía como condenado a tres años de prisión. Pues bien, a la Oficina, donde yo era escribiente solían llegar algunos días, a eso del mediodía, las órdenes de libertad que enviaba el Centro de la prisión y que correspondían a los reclusos que estaban en esta galería. Estas órdenes de libertad eran de dos clases "buenas" y "malas". Buenas eran las que provenían de la Dirección General de Prisiones a quien se refería quedaba en libertad total y podía marcharse en el momento en que quisiera y que, como es de suponer, no se demoraban nada, sobre todo a estas horas diurnas en que no era peligroso el salir a la calle, aunque quizás, esto no se pueda asegurar totalmente, ya que posteriormente, me he enterado de que a alguno le estaban esperando al salir en estas condiciones y su destino no fue su domicilio, sino la cuneta de una carretera. Claro que esto que cuento era ya en los primeros meses de 1937 y la intervención de la Cruz Roja Internacional y de algunos diplomáticos, habían cortado algo los asesinatos.

Al Madrid ocupado por las brigadas internacionales, acudieron los líderes socialistas, entre ellos Attlee, entonces jefe del Partido Laborista británico, quien, con el general Miaja como acompañante, saluda puño en alto.

Las otras libertades, las "malas", provenían de la Dirección General de Seguridad y aunque en ellas figuraba también la palabra libertad, se añadía y "entregarle a los agentes de policía..." y aquí dos nombres, para su traslado a... y aqui el nombre de otra prisión, bien de Madrid o de fuera o a un campo de trabajo o a un Batallón disciplinario. Así fue la mía, cuando ésta llegó el día 14 de abril de 1937 y mi destino el Batallón Auxiliar de Fortificaciones, entonces con sede en la calle de Matilde Diez, en la Prosperidad de Madrid y trasladado posteriormente a Nuevo Baztán, pueblo de la provincia madrileña situado a cincuenta kilómetros de la capital de España.

• Intervención de la Cruz Roja en los primeros meses de 1937

Pues bien, como iba diciendo, una mañana entre esas libertades llegó la de don Agustín Muñoz Grandes. Y, asombro, era de las "buenas". Venía de la Dirección General de Prisiones y la firmaba el entonces Director General, creo que Melchor Fernández. Con la Orden en la mano corrí hacia la celda de Muñoz Grandez al que le dí la noticia con gran alegría. —don Agustín, libertad y de la buena, le dije. Muñoz Grandes, que debía esperarla no se inmutó y me preguntó —¿y qué hago?— Pues recoger sus cosas y marcharse cuando quiera Ahora es buena hora, le dije, ya que era aproximadamente mediodía. Le pregunté si quería que le ayudara a hacer el equipaje y se sonrió diciéndome —Si no tengo nada apenas que llevarme. Ahora voy a despedirme de los amigos.

Salí de la celda y al cabo de un rato apareció Muñoz Grandes llevando un hatillo en la mano, ni siquiera un maletín. Con el miliciano de turno cumplimentó los requisitos de firmar su salida y cuando le dijeron que podía marcharse se dirigió a mí y me abrazó fuertemente antes de abandonar la cuarta galería de la Cárcel de Porlier.

No le volví a ver hasta que al regreso de la División Azul fue invitado con su esposa a una recepción en el Círculo Medina de la Sección Femenina en Madrid, acto al que acudí como periodista para hacer la información correspondiente. Al entrar y antes de saludar a nadie y allí estaban el Ministro Secretario General del Movimiento, la Delegada Nacional de la Sección Femenina y otras autoridades y jerarquías, al verme, vino hacia mi, me abrazó y me preguntó que tal me iba. Yo, emocionado, solo pude balbucear un "Bien, mi General".

Posteriormente y con ocasión de un banquete que los periodistas le ofrecimos en el Restaurante Lhardy, me correspondió ofrecerle el homenaje y tuve ocasión de recordarle, sumariamente, estos hechos y el General en su respuesta dijo que recordaba muy bien su estancia en la Cárcel de Porlier y los hechos que yo ahora, deshilvanadamente, he contado.

De mi estancia en Porlier que duró desde el 17 de noviembre de 1936 hasta el 14 de abril de 1937, recuerdo, y extractamente recojo, algunos episodios. Por ejemplo, el grupo de amigos que compartíamos todo, esperanzas y sufrimientos, alegrías y decepciones, así como algún alimento que algunos no llegaba. Lo formabamos, José María Fernández, los Hermanos Jimeno, Manuel María de Arana, a cuyo padre sacaron un día, sin que valiera que el hijo quisiera acompañarle u ocupar su lugar, Manuel Torres Garrido, Manolo de la Torre Boquerín, Serafín Molinero de Pablo, Paco Zaragoza, y Eugenio Moriones.

Este último era falangista destacado y una figura popular del deporte ya que era el delantero centro de un equipo de fútbol de la capital de España, el Club Deportivo Nacional. Al entrar en Porlier, procedente como yo de la Cárcel Modelo, le cambiaron el nombre y figuraba como Eugenio Moreno. Pero entre los presos había un muchacho joven, gran aficionado al fútbol que sentía una gran satisfacción de codearse con su ídolo Moriones. Y ésta fue la desgracia para el gran "Homogéneo", como le llamábamos, jugando con su nombre. Y fue la desgracia porque hablando de él lo oyó uno de los "chivatos", que los rojos metían en las galerías para enterarse de lo que hablábamos. Y este "chivato" se enteró de que Eugenio Moreno, era Eugenio Moriones y lo denunció.

Y la consecuencia fue que una tarde cuando él y yo estábamos jugando a "Las batallas de barcos" vinieron a buscarle para una comunicación. Sorprendido salió de la galería y al poco rato vinieron a buscar "sus cosas". Nunca más supimos de él. Me dijeron, al finalizar la guerra que su cuerpo había aparecido, sin vida, en una cuneta de una carretera.

Y otro episodio del que fue protagonista. La Divina Providencia estuvo de mi lado y Dios permitió que actuara como lo hice y que me permite hoy escribir estas líneas. Una madrugada, las madrugadas terribles de Porlier leyeron una lista de nombres llamando a varios presos. Y entre los nombres que leyeron figuraba el mío. Yo, dormido, no contesté, aunque me llamaron tres veces, según me dijeron a la mañana siguente los que se sorprendieron de verme, pues habían escuchado la lista. Yo pregunté que para qué era y me dijeron que se trataba de un traslado al penal de Chinchilla.

—Pues no oí nada, dije, y me alegro, ya que estimé que era mejor estar en Madrid, más cerca de la familia y de la ansiada liberación.

A la noche siguiente volvieron a leer una nueva lista y de nuevo mi nombre en ella. Cuando iba a contestar, la Providencia, como he dicho, me aconsejó callarme.

—Si ayer no contesté —pensé— y no ha pasado nada, pues tampoco contesto hoy. Y me callé. Pero en esto viene un antiguo compañero de Colegio, Paco Aser, también nombrado y me dice que conteste porque así iríamos los dos juntos y sería menos duro. Yo le hice ver lo que había pasado y porqué no contestaba. y se fue él solo. Hoy Paco Aser duerme el sueño de los justos en Paracuellos del Jarama Lo de Chinchilla era sólo un pretexto.

Dios no quiso que terminara yo de la misma manera. Recuerdo que un día fuí llamado a declarar por el que nosotros denominabamos "Tribunal de la Sangre" y cuando dije que pertenecía a Unión Radio, creyendo que como esta Emisora seguía funcionando al servicio de los rojos, esto me iba a valer, me preguntaron que sabía yo del espionaje que Unión Radio estaba realizando a favor de "los facciosos". Y tuve, como mal menor, que decir que me habían echado de ella el primer dia del Movimiento.

Y para terminar, voy a reseñar aquí el menú que confeccionamos para el día de Nochebuena del 36 aprovechando lo que nos daban aquel día y lo que nuestras familias nos habían podido enviar. Dice así aquel Menú: Grand Reveillón.— Hors D'ouvres.— Canapés de lait concentré.— Petitpuis du foie-gras.—Soupe General Porlier a la crême.— Ragout a la financiere.-Pommes de terre nature.— Condensed milk Carnival of Venise.— Fruit.— Oranges et raicines.— Vins et liqueurs.— "Marquis de Lozoya". Champagne Calasancius gout americaine.— Whisky Howy.— Chartreuse Phosfatine.— Cup. Tabacs.— Cigarrettes Bisonte tip americaine.— Panetelas Canarias, tip Havanne.— Avis.— Ont prie L'habit de soiree.

La canción de esta cárcel, con música de la popular canción de Angelillo "Soy un pobre presidiario" decía, entre otras cosas, esto:

Soy un pobre preso "evacuao" en Porlier.
fui de la Modelo "trasladao"
en un coche viejo y "desvencijao"
estallando bombas por doquier
bajo la mirada de la escolta uchepé
que tenía más miedo que una mujer.

Tomamos posesión de la nueva mansión.
haciendo los petates en cualquier rincón.

Soy un pobre presidiario, soy un bravo falangista
que no come más que arroz
como no nos den reenganche
aquí no hay tío que ensanche
pues se pasa un hambre atroz
Que feliz que voy a ser
si otra vez me vuelvo a ver
acostado en una cama
sobre un buen colchón de lana
sin los piojos de Porlier.